

## ÍNDICE

LA MONTAÑA BLANCA <i>Antxon Iturriza</i>	11
EL PAISAJE PERDIDO <i>Eduardo Martínez de Pisón</i>	21
ÉRASE UNA VEZ UNA CABRA <i>Paco Aguado</i>	41
EL ÚNICO DIOS <i>Antxon Iturriza</i>	49
SAMBO DE LA SANTA ROSA, LA LEYENDA DEL ACONCAGUA <i>César Pérez de Tudela</i>	59
EL HOMBRE DE LAS NIEVES <i>Alberto Martínez Embid y Marta Iturralde</i>	67
UNA MONTAÑA LLAMADA EIGER <i>Juanjo Zorrilla</i>	83

DULCE PERFUME DE SOLEDAD	
<i>Eduard Sallent</i>	101
<hr/>	
MONTAÑAS BAJO PAR	
<i>Luis Covaleda</i>	111
<hr/>	
EL BATALLÓN	
<i>Alejandro Cartujo</i>	117
<hr/>	
NUESTRA PEQUEÑA REPÚBLICA	
<i>Ferran Latorre</i>	129
<hr/>	
LA VIUDA DEL EIGER	
<i>David Torres</i>	141
<hr/>	

## PRÓLOGO

Cuando entre matorrales o cruzando la estepa ante uno emerge una cima, de tamaño cualquiera y siempre de visión imperecedera, son sentimientos generales la euforia, el valor y la duda. Es la visión del futuro, la abrumadora barrera entre el hoy y el mañana, la que a uno le hace ascender, caminar, proseguir, no perder la oportunidad de conocer ni de descubrir. Y en todas esas historias en las que un hombre se encuentra solo, cara a cara con una ladera de plata o con una pared inverosímil, siempre existe un vínculo común con otros hombres, una línea que destella y deriva enlazando los corazones merced a la historia que danza sobre los picos, con su cúmulo de leyendas, de tragedias y de naturalezas enfrentadas. Marco incomparable para la creación y el análisis del hombre, de su espíritu y de sus ansías por arroparse con sus raíces.

Es en ese marco donde se han desarrollado algunos de los pasajes más espléndidos del ser humano, el marco de los viajes imposibles, de los conquistadores de sí mismos y de la esperanza del sol y del cielo limpio, dejando testigos que a pluma no ha pasado por alto. Tratando de desentrañar las

incógnitas que esconde una ruta y el hombre que la afronta se han creado páginas, se ha amado y se ha odiado. Libros que pertenecen a una literatura joven, aunque su objeto de estudio sea uno de los más vetustos desde que se alcanzó la razón: la fidelidad a la curiosidad.

Hay príncipes que marchan con piolets, princesas que escapan con una trenza de cáñamo y malvados vientos de cima que vencen y decapitan las ilusiones. Hay batallas interiores y luchas por metas superiores. Hay sed de triunfo y falta de certeza. Hay cuentos que son sueños, y sueños que son hollados. Hay historias necesarias.

Algunas de esas historias, de ficción en muchos casos, auténticas en todos ellos, son las que se han reunido en este compendio de relatos de montaña, de aventura. Escritores consagrados como David Torres, periodistas como Antxon Iturriza, alpinistas de renombre como César Pérez de Tudela, Paco Agaudo o Ferran Latorre e inquietos de las letras como Alberto Martínez Embid, Marta Iturralde o Alejandro Cartujo se dan la mano para componer un repaso de los años dorados del alpinismo, de su pasado y de su futuro, de las moles resplandecientes que nos aguardan y de los ecos de los hombres que antes que ellos trataron de encontrarse escalando una montaña.

Desde las pasiones del Eiger a nuestro descorazonador efecto en el medio natural, desde el más puro instinto de conservación a las reflexiones vitales que acompañan todas sus sendas, se recogen en este libro las luces y sombras del alpinista, la eclosión de sus metas y los distintos valores que le lanzan a uno al ostracismo de una tormenta o a la sensación de felicidad galopante que se alumbra entre sudor, fanatismo y esperanza.

Desnivel publica su primer libro de relatos sobre montaña, aventura y viajes, prosiguiendo una labor que está llevando a esta literatura a continuar con su crecimiento, a desembarazarse de los primeros pañales de su vida y a retroalimentarse con la inspiración de los que leen sobre los que caminan y con la voluntad de los que son leídos cuando concluyen su camino. Héroes con nombre y apellidos, héroes desconocidos, montañas salvajes o templadas. Gestas. Ges-

tas equiparables a los mitos que uno anhela, lecciones de humildad que nos da la naturaleza y lecciones de grandeza que voluntariamente forjamos.

Una oportunidad, la que nos ofrece este libro, de disfrutar, de ampliar nuestro sentido del humor, de aprender y de rescatar las enseñanzas del alpinismo para que nuestra evolución se aleje de un estado de bienestar que irrumpe en los confines de la falta de razón y de solidaridad.

**C**uando uno descubre el monte, o el mundo, por primera vez se da cuenta del tiempo que ha transcurrido por el camino. Uno entiende que conocerlo todo es imposible, entenderlo lo tenemos peor... pero atreverse a aventurarse en los lugares donde la tierra esconde brillantes misterios lo es todo. Sólo puedes, y debes, alcanzar ese sentimiento cuando tras largos años te das cuenta de que hay mucho más allá de tu ventana, de tu lugar y de tu tribu. Y sabes, por fin, que el hombre y la tierra se fundieron para jugar al escondite.

**Antxon Iturriza**, biógrafo sentimental y del montañismo vasco, autor de páginas que se le escurren al tiempo y destacado informador del mundo de las cumbres colabora en radios y periódicos y cimienta la historia de las alturas con unos principios que siempre ha respetado. Capaz de sobrecoger y emocionar y al mismo tiempo templar la voz para proteger un paisaje que en ocasiones creemos nuestro.

El cuento, escrito a finales del 98, antes de que el asunto del cambio climático se convirtiese en moda de medios, historia para no dormir o excusa de conversación interesante para postines de altas alcornias, retrata un futuro comúnmente dibujado en la literatura. Un futuro donde somos más débiles, donde el planeta se ha rendido y donde las fuentes de la exploración; el miedo, la curiosidad y la incertidumbre se convierte en la última elección de los más locos. ¿Acaso no todo empezó así? Un guiño al pasado, quizás.



# LA MONTAÑA BLANCA

(*Antxon Iturriza*)

**H**acía bastante tiempo que observaba el parpadeo insistente de los indicadores de acumulación de energía. Algún fallo en los circuitos estaba impidiendo su regeneración correcta. Altair se arrepintió en aquel momento de haberse desviado tanto de los pasillos habituales de vuelo. Lo hacía con frecuencia. Le encontraba un atractivo especial al volar solo, alejado de las rutas sobrecargadas de tráfico aéreo. Pero ahora, la preocupación se iba apoderando de él.

No podía utilizar la señal convencional de socorro, al encontrarse fuera del campo de frecuencias de los equipos de rescate en vuelo. Tampoco contaba con la reserva suficiente de energía para regresar hasta las sendas principales de navegación. No le quedaba más recurso que aterrizar, aterrizar rápidamente, antes de que se agotara por completo la carga de propulsión de la nave.

Tenía que aterrizar, pero... ¿dónde?

## **El aire existe**

Había programado la computadora de velocidad al mínimo cuando, de pronto, percibió un extraño boquete en la capa uni-



forme de nubes y polvo que se extendía bajo él. Sin dudarlo un instante, hizo descender bruscamente la altura de vuelo y penetró por aquella ventana abierta hacia lo desconocido.

Al otro lado de la frontera gaseosa un panorama sorprendente se extendió ante sus ojos. Con una mezcla de temor y curiosidad, Altair pudo contemplar la infinita extensión verde hacia la que se estaba aproximando.

Fue perdiendo altura. Los cuadros de la nave le iban informando de su situación. «Altitud: mil pies»

Ya podía distinguir con más precisión las copas de árboles que parecían gigantes.

«Altitud: quinientos pies».

Contuvo la respiración. Había llegado el momento de tomar tierra. Manióbró para aproximarse hacia un pequeño claro.

«Altitud: doscientos pies». Puso en ignición los retropropulsores de aterrizaje vertical.

Había llegado el momento.

Unos instantes más tarde las patas del tren de aterrizaje hacían suavemente presa en el suelo. La nave cabeceó durante unos instantes sobre las irregularidades del terreno y luego se estabilizó. Altair dejó escapar en un profundo suspiro la tensión que había acumulado en los últimos instantes. Luego comenzó a hacerse preguntas: ¿Dónde estaba? ¿Cómo saldría de allí?

Nunca había visto un lugar semejante. Una barrera impenetrable de vegetación le rodeaba. Tenía el aspecto de las selvas que habían existido en un tiempo lejano en la Tierra.

Su primera preocupación fue la de situar en posición de recarga los paneles solares que captaban la energía para los propulsores. Tendría que aguardar varias horas hasta que los acumuladores alcanzaran los niveles requeridos para volver a despegar.

La posibilidad de salir fuera de la protección que le ofrecía la cabina de su nave le amedrentaba casi en la misma medida que le atraía.

Iba a salir. Se colocó la mascarilla en la cara y calculó la reserva de oxígeno necesaria para efectuar una incursión en el exterior.

Dominado todavía por la incertidumbre, pulsó el mando de apertura. La escotilla se fue levantando lentamente. Colocó

en situación de disparo su proyector de rayos láser, por si tenía que defenderse de algún ataque inesperado, y salió.

Nadie.

Graznidos estridentes de aves que se ocultaban fugazmente en la maraña de vegetación perturbaban ocasionalmente el silencio.

Sus primeros pasos fueron indecisos. El terreno era firme, aunque sus pies se hundían en la hierba profunda hasta desaparecer bajo ella.

Conectó la computadora que llevaba consigo.

Los indicadores de la pantalla le hicieron dibujar en el rostro un gesto de incredulidad. Volvió a solicitar el dato. El resultado fue el mismo: análisis de composición del aire: 78 % nitrógeno, 21 % oxígeno, 0,1 % argón, 0,5 % gas carbónico... Altair no salía de su asombro. Los baremos que tenía ante sí querían decir que el aire que le rodeaba era perfectamente puro, que no estaba envenenado, que en la Tierra todavía existía un lugar con una atmósfera respirable.

Las ideas se arracimaron en su cabeza. «Quizás no sea precisa la máscara para respirar», se cuestionó a sí mismo. Tuvo un momento de vacilación. Nunca había conocido otro aire que el bombeado de forma constante por los purificadores de las ciudades. Nunca había respirado sin máscara fuera de las burbujas gigantes que aislaban los núcleos urbanos del aire contaminado de la atmósfera exterior.

Poco a poco se fue retirando la máscara de la boca. Aspiró tímidamente. Observó un instante y volvió a tomar aire, esta vez con más fuerza. Una sensación desconocida de frescor le recorrió la garganta y le penetró hasta los más profundo de sus pulmones.

¡Respirar! Por primera vez en su vida Altair podía respirar un aire virgen. Y, como un niño, se entregó al juego de hinchar el pecho al máximo e irlo vaciando espaciadamente, cadenciosamente, degustando cada hálito.

### **Hubo una vez un bosque**

Empujado por la euforia y la curiosidad, se fue alejando de la nave. No temía extraviarse, porque el detector a control remoto de la computadora guiaría en todo momento su regreso.

Lo que le producía inquietud era aquella espesura vegetal que nunca había visto antes. Conocía los árboles de los jardines botánicos, pero jamás los había visto agolpados en tan desordenada libertad.

Volvió a conectar la computadora y a dirigir su punto de mira a las diversas clases de árboles que se entremezclaban a su paso: «Obinia pseudoacacia, conocida como acacia. Quedan algunos ejemplares en el parque botánico de Chicago».

La pantalla no dejaba de transmitir información: «Quercus. Familia de las Fagoceas. Conocido como roble. Era la especie más apreciada del grupo de las caducifolias».

Cruzaban ante los ojos asombrados de Altair pequeñas aves que la memoria del ordenador iba identificando: «Zorzal común. Frecuentaba bosques y huertos de Europa: extinguido...». «Abubilla: extinguida...». «Jilguero: extinguido...».

A Altair le empezaron a aburrir aquellos datos fríos y prefirió cerrar el circuito y caminar por un entorno que le parecía un cuento de hadas. Fue entonces cuando, desde un claro del bosque, descubrió arriba, lejana, aquella silueta blanca.

¡Era una montaña nevada! Las había contemplado en películas y fotografías antiguas, pero lo que estaba viendo no era una ficción, era una montaña nevada de verdad.

Sin saber muy bien lo que le ocurría, como empujado por una extraña fuerza, Altair comenzó a caminar. Había algo que le atraía de forma irresistible en aquel vértice que se recortaba contra el cielo.

Se tenía que detener cada pocos metros. Los músculos de sus piernas eran débiles. En las ciudades, las cintas transportadoras le trasladaban sin esfuerzo en cualquier dirección. El no estaba acostumbrado a caminar y, mucho menos, a ascender a una montaña. Pero había leído en los libros relatos que hablaban de hombres que vivieron aventuras extraordinarias escalando las cimas del planeta. Altair se sentía en aquellos momentos como un alpinista, como un explorador de la época romántica, cuando la Tierra guardaba vida, glaciares y secretos.

El cansancio le atenazaba cada vez con mayor intensidad, pero ni por un instante vaciló en su progresión. Casi no pensaba. Su única obsesión era llegar al punto más alto. ¿Sería aquel estímulo, dominador ahora de su voluntad, el mismo que

llevó a realizar hazañas increíbles a los alpinistas de generaciones anteriores? En aquel momento podía entender el significado del impulso que había empujado a aquellos héroes a superar sacrificios y a arriesgar incluso la vida por llegar a la cima de un pico.

No sabía, no quería saber cuántas horas habían pasado. El tiempo ya no contaba para él; no podía contar en aquel momento de percepción ilimitada de sensaciones desconocidas. Los bosques quedaron atrás y los espacios visuales se hicieron inmensos. Tropezó, cayó una y otra vez. Sus pies se hundían en la nieve. Tenía el cuerpo dolorido, las manos insensibilizadas por el frío. Pero no se detuvo.

No lo hizo hasta que observó que la pendiente cedía en su inclinación, que a su alrededor no existía nada que estuviera por encima de sus ojos.

Era la cumbre. Sentado sobre una roca, cansado, aterido, con los pies destrozados por el dolor, pero inmensamente feliz, pudo contemplar desde las alturas aquel paraíso perdido. En la Tierra todavía existía un bosque verde y una montaña blanca.

### **En las noches desnudas**

Una ráfaga helada le hizo tomar conciencia de la realidad: la llegada de la noche era inminente y se encontraba muy lejos de su nave. El sol se hundía con rapidez en una costura lejana del horizonte y el frío comenzó a morder el cuerpo de Altair. «Menos dos grados centígrados», indicó la computadora, mientras se dejaba guiar entre las últimas luces del día por la señal de retorno de la nave.

Oscureció apresuradamente. La noche llenó el bosque de sonidos y la montaña blanca de silencios. Tenía que detenerse y buscar un cobijo para pasar la noche.

Añoraba ahora la protección de la ciudad, la temperatura agradable y constante que bombeaban las turbinas de climatización urbana. Pero en la ciudad sólo se conocían las estrellas en las cartas celestes de los libros y en algún planetario. En la ciudad no se desnudaba nunca el cielo para dejar al descubierto los secretos cósmicos.

Las horas de oscuridad trascurrieron lentas. Tiritando de frío y de emoción, acurrucado junto a unas rocas, aguardó al amanecer.

Una banda de luz fue alargándose por el este. El sol regresaba y con él la esperanza para Altair. Entre los contraluces del bosque fue viendo hacerse mayor al día. La cúpula blanca, su montaña, estaba ahora vestida con los colores malva del amanecer.

Ya no tenía miedo. Caminaba confiado, disfrutando de la erótica de su cansancio. Nunca había estado tan fatigado, ni tampoco tan vivo como en aquellos momentos.

La frecuencia de las señales le indicó la proximidad de la nave. Confiaba en que durante las horas del sol los paneles habrían acumulado la suficiente energía como para poder despegar.

Apreciando su confort como nunca lo había hecho, Altair se tendió en el sillón de mando de la cabina. Se relajó mientras intentaba cerciorarse de que la aventura que había vivido no era un extraño sueño.

Pulsó los indicadores de acumulación de energía. Los dígitos ascendieron hasta alcanzar valores que le permitirían elevarse y retornar a los carriles de vuelo convencionales.

Fijó cuidadosamente en las computadoras de a bordo las coordenadas de la situación donde se encontraba. Así podría volver, volver con sus hijos, con sus amigos, con toda su ciudad, para que pudieran conocer y compartir las mismas experiencias que él había vivido en aquella montaña blanca.

### **Viaje sin retorno**

Encendió los propulsores. La aeronave comenzó a elevarse. Doscientos pies. Los árboles fueron transformándose en un gran campo esmeralda.

Cinco mil pies. Su montaña aparecía ahora como una mano de dedos blancos abierta en medio de los bosques.

La civilización humana había arrasado todas las grandes selvas del mundo, envenenado los mares y hecho irrespirable el aire. Y allí atrás quedaba el último oasis de naturaleza salvaje del planeta, la última montaña nevada de la superficie de la Tierra.

Altair programó los rumbos de retorno. Miró una y otra vez en la pantalla las cifras que expresaban las coordenadas de situación, las claves para poder regresar a aquel paraíso perdido. Durante un largo rato se quedó concentrado en sí mismo.

Después, como respondiendo a un impulso repentino, con un gesto decidido apretó las teclas de anulación de informaciones. En un instante las coordenadas desaparecieron de la pantalla.

Como si se hubiera liberado de una carga, Altair se recostó en el respaldo de su asiento y continuó el viaje. Ni él ni nadie sabrían jamás dónde estaba escondida aquella montaña blanca.

---

Noviembre de 1998